

El pragmatismo de uno no llega al extremo de afirmar que el éxito garantiza la verdad de una doctrina. Pero sí creo - y esto es cosa distinta- que meditar sobre su éxito o fracaso sirve para comprender, en una mayor dimensión de profundidad, el sentido y significado de la misma. Pues bien, y en lo que a las corrientes filosóficas actuales se refiere, no existe ninguna que haya alcanzado la popularidad y el éxito que la filosofía existencial. ¿A qué se debe el éxito de esta filosofía? La cosa es tanto más extraña cuanto que la filosofía jamás ha tenido demasiados partidarios entre el gran público. No porque la filosofía les sea ajena; pues todo hombre, lo sepa o no, le parezca bien o se sienta indignado por ello, Lleva consigo una determinada filosofía. ¿Que cómo es ello posible? Muy sencillo: porque sin filosofía, como sin el oxígeno que a todos nos circunda, la vida nos sería imposible. Explicar el por qué puede servir de introducción a la temática del existencialismo.

Hubo un tiempo en que se creyó que el hombre era un ser excepcional. El que más y el que menos, al pensar en el hombre, sentía en su interior una especie de respeto y decía para sus adentros: "el hombre... este rey de la creación". Acabo de decir "hubo un tiempo", pero debo aclarar que este tiempo se extiende desde los más remotos orígenes hasta casi nuestra propia época. Como ser extraordinario que era, o mejor aún, que se consideraba, el hombre sentíase capaz de cualquier empresa: de aventajar en destreza e ingenio a los demás animales en la lucha constante contra la naturaleza y, además, de permitirse el lujo, por así decir, de hacer algo que a los demás les estaba vedado: conocer lo que las cosas son. Se estimaba que la ciencia era un privilegio del hombre; que entre las dotes y habilidades que el hombre poseía, estaba la de enfrentarse desinteresadamente con las cosas para desvelar las verdades en ellas ocultas. Por eso fue definido el hombre como un ser de razón y los chicos tuvieron que aprender durante generaciones en la escuela la clásica frasecilla: "el

hombre es un animal racional". Y, evidentemente, lo somos; pero lo que ya no resulta tan claro es lo siguiente: si el hombre hace ciencia porque tiene razón, o, por el contrario, si tiene razón porque no tiene más remedio que hacer ciencia. Ya es como para ponerle a uno en guardia lo siguiente: que apenas conozcamos a nadie cuya conducta sea fiel reflejo de su pensamiento. La razón es más teórica que práctica, o más un ideal de conducta que una realidad. Suele haber adecuación de la conducta al pensamiento, pero en su sentido secundaria no primaria. Dicho con mayor claridad: en nuestras decisiones y creencias de todas clases difícilmente hacemos caso de la razón. Creo que es de Benjamín Franklin de quien se cuenta que, ante la perspectiva de una decisión importante, cogía papel y pluma e iba enumerando a un lado los pro y en el otro los contra. Al final, obraba según donde estuviese el mayor número de razones. Si la anécdota fuera verdad, Franklin es un caso extraordinario en la vida del hombre. Porque lo corriente y usual es este otro: que actuemos no de acuerdo con nuestra razón, sino de conformidad con nuestros intereses, sentimientos prelógicos o creencias irracionales. La verdadera misión de la razón, sobre todo a medida que se va separando del puro campo del pensamiento abstracto y desinteresado, es ésta: justificar aquello en que creemos sin razones de ninguna clase. Pertenezco a tal o cual religión, a tal o cual partido político, por razones que nada tienen que ver con la razón: porque mis padres son esto o lo otro, porque pertenezco a tal o cual clase social, porque nací aquí o allí, etc., etc. Esto es lo real; lo que, en verdad, determina casi siempre lo que somos o lo que pensamos. Eso que somos, lo somos ciega e irracionalmente al principio. Lo somos porque sí. Sólo más tarde, si somos cultos y nos gusta dar razón de las cosas, no meramente imponer la razón del garrotazo o del mayor número, es cuando aprovechamos las lecturas, las enseñanzas, los ratos de pensamiento a solas, para ir entresacando y seleccionando argumentos a favor de aquello en que, sin argumentos, creíamos ya desde el principio. Saquemos las consecuencias: ¿no es notable que dos matemáticos se pongan a la postre siempre de acuerdo sobre la solución exacta de un problema, mientras que no existe esperanza de que dos representantes de idearios políticos distintos, a fuerza de argüir y razonar, terminen por convencerse el uno al otro? Podemos atribuir a las diferencias esenciales entre los objetos discutidos la responsabilidad por estos opuestos modos de conducta. Lo ideal matemático, como abstracto y

---

\* *Oración Inaugural*, pronunciada en la Sesión Plenaria de la Corporación de Maestros del Stvdivm Generale Costarricense de la Universidad Autónoma de Centro América, para recibirse como Maestro de Número (29 de agosto de 1988).

\*\* Licenciado en Derecho y Doctor en Filosofía, autor de numerosos libros y artículos. Tutor de filosofía en el Stvdivm Generale costarricense y Deán del Colegio Andrés Bello, ambos de la Universidad Autónoma de Centro América. Antes Decano de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Cuenca (Ecuador), profesor en la Universidad de Concepción (Chile), de Costa Rica, Catedrático de la Universidad Nacional desde su fundación.

simple, es más fácilmente cognoscible que lo social, infinitamente más concreto y complejo. Pero sería ver el problema en su mitad razonar de este modo. Es mucho más exacto decir: la vida, con todo su cortejo de tendencias, apetitos e intereses, está mucho más lejos de las esencias exactas, matemáticas, que de los múltiples problemas sociales que afectan al hombre. Cuando se discuten ecuaciones, todo ese equipo de dispositivos vitales está como aletargado y adormecido. Apenas nada importa a la vida cuál sea el valor numérico de la incógnita en discusión. La vida del hombre es aquí un árbitro relativamente imparcial; deja que la razón se las componga a solas con sus ideales objetos. De donde también otra interesante consecuencia: que, si la razón es el instrumento idóneo de la verdad, ésta será más fácilmente hallada en aquellas cuestiones en que la razón no sufre la intromisión perturbadora de la vida. Cuanto más abstracta una ciencia más garantías de que sea verdadera. Esto es una pena; porque en ninguna parte está dicho que lo ideal tenga que ser más interesante que lo real. De buen grado permutaríamos unas cuantas docenas de las verdades que poseemos en las matemáticas, de las ciencias físicas, por unas pocas incontrovertibles verdades en el campo del derecho, de la economía, de las ciencias sociales, en general. En aquellas ciencias habla la razón; en estas otras, aunque de apariencia converse la razón, por detrás, haciendo de apuntador, se encuentra siempre el hombre total, con sus intereses, con sus tendencias.

Pero, además, existe lo siguiente: vivir es vivir entre las cosas, afirman los existencialistas. Este descubrimiento ha venido incubándose en la filosofía moderna a partir del reconocimiento de un hecho: la intencionalidad de la conciencia. No existo yo y luego me topo con las cosas, sino que existir significa, como dice Heidegger, "ser-en-el-mundo". Ortega y Gasset prefieren otra fórmula: la realidad radical, dice, no soy yo, como creyó, por ejemplo, todo el idealismo moderno, que hunde sus raíces en Descartes, sino "yo y mi circunstancia". No existo yo y fuera de mí las cosas, ajenas, independientes. Hablar de conciencias sin cosas es como hablar de un cuchillo sin mango y sin hoja; en una palabra, un absurdo. Por eso, Jean Paul Sartre, el más famoso, si no el más importante de los existencialistas contemporáneos, define la conciencia de una manera que parece una tomadura de pelo: "la conciencia, dice, es el ser que para ser necesita ser lo que no es". O también: "el ser que no es lo que es y es lo que no es". Definición ésta que hubiera dado escalofríos al respetable Parménides, pues echa por tierra nada menos que el más caro de los principios, aquel sobre el cual el filósofo griego construyó toda su filosofía: el principio de no contradicción. Pero la cosa, aunque paradójica, no deja de ser cierta. Si la conciencia dejara de tener alguna otra cosa como objeto de

Acta Académica

su intencionalidad, dejaría de ser; que es lo que ocurre, justamente, cuando entramos en esa especie de imagen de la muerte que es el sueño; la conciencia deja de referirse al mundo circundante e, inmediatamente, desaparece, deja de ser. Para ser tiene que estar tendiendo a algo, olvidada de sí y preocupada sólo de las cosas ajenas. Desde el punto de vista ontológico esto tiene más importancia de lo que a primera vista parece. Una cosa cualquiera, material, física, tiene un ser opaco, macizo, lleno, pleno. La piedra, por ejemplo, es piedra. Desde el punto de vista de su ser, ontológicamente, una piedra, la más humilde del arroyo, es una maravilla. Tiene un ser perfecto. Nada apetece, nada le falta. Vive ajena a su contorno, dentro de sí, encerrada en sí misma. El hombre, en cambio no. El hombre es un fracaso; un fracaso ontológico, porque no es lo que es, sino siempre otra cosa distinta. Es como si en el ser que hemos denominado hace un momento macizo, opaco, de las cosas, hubiera surgido una burbuja de aire, un vacío, convirtiendo el ser en su contrario, en nada. El hombre es como una huida del ser de sí mismo. Desde el punto de vista ontológico está ido, está fuera de sí. Decimos que un hombre que está ido de sí, que está fuera de sus casillas, que está loco. Pues bien, el hombre y que se me perdone lo atrevido de la fórmula, es una especie de locura ontológica. Verdad es que algunas veces siente la nostalgia, la dulce saudade, del paraíso perdido. Vuelve entonces a sí, entra en sí mismo. Estar en sí mismo, ensimismarse, es un privilegio del hombre. Pero este retroceso o vuelta al ser sólo es posible si antes, como hombres, lo hemos perdido. Ensimismarse es hacer de hijo pródigo, que siente la nostalgia del ser y huye de la nada.

Pero hay más: el hombre es también un fracaso en otro sentido distinto: un buen día, sin que nadie le haya consultado, se encuentra viviendo. Es decir, arrojado entre las cosas, existiendo entre ellas. Nada más fácil que soportar el ser para la piedra; pero nada más difícil para el hombre que sobrellevar la pesada tarea de vivir. Porque la piedra es lo que es desde el principio, mientras que el hombre no. Cuando nace apenas el hombre es nada, sino la mera posibilidad de ser, de llegar a ser algo. La vida es un don especial, que es una carga. Porque es manquedad de ser, necesidad de ser, obligación de luchar por conquistar el ser que nos ha sido negado y, sin embargo, apetece. Existimos y no somos. Quisiéramos poder decir de nosotros, desde el primer momento, somos esto o aquello. Pero ello es imposible, por la esencial historicidad de toda vida humana. Somos tiempo y, como tal, tenemos una existencia temblorosa, huidiza, fluida, evanescente.

No existimos en el tiempo, aunque esto lo hubieran afirmado los antiguos; lo decisivo e importante es que somos tiempo, duración. Pero no somos como una cinta

cinematográfica, que se desarrolla al proyectarse en la pantalla. El desenvolvimiento de la película requiere tiempo, pero es un falso devenir. Por lo menos no es un devenir del tipo que el hombre se las gasta. Cuando la primera imagen de la película se amplía sobre el blanco telón del cinematográfico, la última está ahí, esperando que le venga el turno de ser herida por el rayo de luz para hacerse visible. Pero cuando el primer latido del corazón da la existencia a un hombre, es un misterio cuantos vendrán en pos de él; entre otras cosas, porque, como decía un viejo místico alemán, zapatero y filósofo, Jacobo Boehme, "desde que nacemos somos ya lo bastante viejos como para morir".

Pero no es esto sólo: también un árbol puede ser segado por el rayo o marchitar sus flores a la primera escarcha. Hay una considerable dosis de contingencia en todo fenómeno vital. Pero el árbol, como el animal o como el hombre en cuanto ser biológico, tienen un desarrollo previsto. Cada uno de ellos se desenvuelve imitando en su ser individual, la esencia ideal de la especie. Si no hay nada que lo estorbe, la simiente se convertirá en árbol y, además, en tal o cual árbol determinado, con sus típicas hojas y sus frutos característicos. Para un biólogo, quizás, el hombre no es más que eso. Se adecuará al tipo de una raza y tendrá que soportar, además, toda una colección de taras hereditarias. Pero todo eso es el animal humano, no el hombre. El porvenir del hombre, lo que el hombre será, su ser, su esencia, no le están dados ya por el hecho simple y bruto de existir. Sólo le está dada al hombre una cosa: su existencia; pero lo que es su ser, su esencia, tiene que dárselo. Mas para dar algo, es necesario que inventemos primero aquello que tenemos que dar. Cualquiera lo puede comprobar cuando, con motivo del cumpleaños o la boda de un amigo, se pone a reflexionar sobre cuál sería el regalo más oportuno. Por el hecho de existir tenemos que festejarnos a nosotros mismos haciéndonos el don de un ser, de una esencia, que la naturaleza, una tanta madrastra, ha rehusado concedernos. Para lograr ese fin echamos mano de todas nuestras facultades, de todo aquello que nos encontramos al existir: nuestro cuerpo, nuestras facultades psíquicas y ...nuestro contorno, nuestra circunstancia. Decir: el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, en realidad no es decir nada. Cuerpo y espíritu no son la vida, sino instrumentos de la vida que empleamos en la urgente e inaplazable tarea de darnos algún ser. Ser que, como os decía hace un momento, tenemos que inventarnos. Verdad es que, los más, carecemos de ingenio y de imaginación. En lugar de inventar e imaginar alguna vida nueva, algún tipo de vida hasta entonces inédito, echamos mano del contorno y hacemos y somos lo que hacen y son los demás. Los que están ahí, en torno nuestro o los que nos precedieron en el tiempo. Inventar un Hamlet lo supo hacer un Shakespeare.

Los más, metidos a dramaturgos, sólo capaces somos de crear la comparsa.

Tenemos, pues, que hacer; hacer continuamente para llegar a ser poetas, militares, filósofos, negociantes o aventureros. Cierto es que podemos hacer una cosa: no hacer nada. Pero aun esto es un hacer, que podemos elevar a ideal y entonces nos encontramos con ese tipo tan humano de vida que es el alegre y eterno sestear de los gitanos. Pero además de hacer, tenemos que hacer con cierta urgencia. No tenemos un tiempo infinito por delante. Los días de la vida, como decía Ortega, son contados y no sabemos si mañana habrá lugar para la tarea que desdeñamos hacer hoy. Hay siempre muchas posibilidades en el futuro; pero hay una última posibilidad que nunca falla: la muerte. Ser es ser para la muerte, afirma la mayor parte de los existencialistas, aceptando la fórmula concisa de Heidegger. Mientras llega esta posibilidad, otras múltiples se nos abren en la vida. El niño es todo futuro, porvenir. Cada hacer, cada elección que hacemos, nos roba posibilidades. La vida es un laberinto en donde de continuo se abren caminos, tanto a la derecha como a la izquierda. A cada elección, a cada compromiso, nos obligamos a proseguir un rumbo determinado. Nos acercamos a una meta sólo a costa de renunciar a todas las demás. Vivir es una sucesión de adioses y despedidas a las cosas que, quizás, añoramos un día, pero a las que una decisión nos obligó forzosamente a renunciar. Todo triunfo lleva aparejado tras de sí un enlutado cortejo de fracasos. Cuanto más hacemos, de mayor número de posibilidades nos privamos. Por el hecho de haber remontado cierta edad, me tengo que privar de cortejar como antaño en la calle a las muchachas en flor, quinceañeras. Y así, en lo demás. Estamos condenados a navegar dejando a las espaldas una estela negra, de esperanzas marchitas, recto el rumbo hacia la playa de una muerte segura. El mundo de los hombres en torno no se encuentra demasiado perturbado por aquella última y fatal posibilidad, ni tampoco por esas otras que va dejando en pos de sí, ilusiones fugaces de algunas bellas horas. Pero es muy sencilla la razón: les asusta pensar en esas cosas. Las saben. Sirven siempre como telón de fondo a sus afanes diarios; pero les gusta desviar la mirada de ellas, como dicen que hace el avestruz para evitar el disgusto de ver a su enemigo. Con independencia de lo que somos o de lo que deseamos ser, todos podemos asumir dos formas de vida: una alegre, trivial, despreocupada; otra, angustiada, seria, grave. También esto es algo que en nuestra voluntad está elegir. Podemos adormecernos con el opio de cualquier mito, con la ilusión de cualquier falsa esperanza; o podemos aceptar con valentía el trágico destino de la vida, la responsabilidad llena de angustia de cualquier elección, el triste reconocimiento de que cualquier proyecto amado

ardientemente conduce con toda seguridad al fracaso. Que, como dice Sastre, "el hombre es una pasión inútil".

Así y todo, no somos libres de evitar el fracaso renunciando a la acción, como no está en nuestras manos soslayar el error absteniéndonos del conocimiento y de la búsqueda de la verdad. Para lo único que no somos libres es para dejar de serlo.

Después de este rodeo cualquiera puede entender por qué todo hombre necesita de algún saber y posee alguna filosofía. En efecto, viviendo el hombre entre las cosas, con ellas tiene que contar para hacerse la vida. No puede sortearlas ni proceder como si no existieran. Junto a él, tirando de él como un pesado lastre, está su cuerpo. Unos cuantos años, quizás, el hombre apenas se da cuenta de que tiene un cuerpo. Mas no es sólo el cuerpo la única cosa con que tenemos que contar. Ahí están las demás, en nuestro alrededor, ocupando nuestra atención, unas más, otras menos, según cuál sea su importancia; importancia que está en razón directa de nuestro interés.

Para vivir tenemos que manipular con muchas cosas; y el éxito de nuestros proyectos dependerá, en muy buena porción, de que sepamos cómo lidiar con ellas. ¿Son las cosas seres favorables o adversos? ¿Se ofrecen como obstáculos o me brindan facilidades? He aquí la tremenda preocupación que desde siempre suscitaron en el hombre las cosas. Hubo un tiempo en que éstas, las montañas, los árboles, los ríos, las piedras, el mar, las nubes, sólo fueron para el hombre potencias amigas o enemigas. Eran los buenos tiempos de la magia, del saber y del pensar míticos. En realidad, no existían las cosas para el hombre. Al través de ellas, su aterrada mirada trataba de indagar cuáles y cómo eran los seres que ocultaban; si de ellos debía de esperar el bien o el mal. Todo su esfuerzo iba encaminado a granjearse la simpatía de los entes malignos y a mantener una amistad cordial con los que se ofrecían favorables. Ruegos, imprecaciones, dádivas, sacrificios, lamentos, etc., eran las consecuencias de esta forma de saber primitivo, mágico, de nuestros remotos antepasados. Hasta que un día el hombre despertó a la creencia de que todo este mundo de entes fantásticos era tan sólo el fruto de su miedo y de su pavor. Y las cosas, como por encanto, se convirtieron sólo en eso: en unas sencillas e inofensivas cosas. No por ello había que perderlas de vista; allí estaban, y de que supiéramos manejarlas a nuestro antojo continuaba dependiendo el éxito o el fracaso de nuestros proyectos. ¿Qué son las cosas?, se preguntó el hombre entonces; y a medida que en lucha con este interrogante fue despertando el ingenio, desarrollando sus facultades mentales, creó toda esa serie de respuestas cuyo conjunto constituye la historia de la ciencia. Por eso decía que el saber no es un lujo; que

no conocemos porque tengamos razón, sino que, más bien, la verdad es todo lo contrario: que desde el primer hombre hacia acá nos hemos tenido que hacer seres inteligentes, porque no tenemos más remedio que conocer; que es falsa, por consiguiente, también la concepción de que las cosas están ahí, enfrente de nosotros, no para otra cosa que, para ser conocidas, para hacer gimnasia intelectual con ellas. Las cosas, piensa la mayor parte de los existencialistas modernos, no son para ser conocidas, sino para ser utilizadas, para ser puestas al servicio de la vida: "La utensibilidad es, pues, constitutiva de la cosa como instrumento: éste existe como tal por la actividad del que lo utiliza ("utilizar" es propiamente convertir en "utensilio"). Todo ello quiere decir que nuestro primer contacto con el mundo no es teórico y desinteresado, sino práctico y utilitario", dice Heidegger. En este sentido, no han dejado de ver con razón los pragmatistas. El conocimiento es teórico, pero, fundamentalmente, práctico. Y que, en cierto modo, es el éxito quien garantiza la verdad de los conocimientos. Insistamos en este punto.

El saber mágico, el que se esforzaba por congraciarse con los dioses o con los espíritus que incidían en las cosas, que hacían de éstas su morada, no era un saber verdadero. Al hombre mágico le tiene sin cuidado la verdad; mejor aún: ni siquiera tiene un sentido preciso de eso que nosotros denominamos la verdad. Desde nuestro punto de vista científico, acusamos de falsedad a ese saber; pero un hombre primitivo se quedaría perplejo ante esa estimación. Él tiene una idea sobre las cosas y se da por satisfecho si consigue de ellas, mediante encantamientos, sortilegios, etc., algunas ventajas; o al menos, si cree obtenerlas. Lo característico de nosotros, los occidentales, es perseguir los mismos fines utilitarios que aquél por el camino de la ciencia. Para ello hemos tenido que contestar a la pregunta: ¿qué son las cosas? El éxito que hemos obtenido - de que es buena prueba nuestro actual dominio sobre el resto del mundo civilizado-, es una garantía de que el camino que hemos emprendido es acertado. El brujo de la tribu cura en función de un saber mágico. Nuestro médico realiza la misma tarea apoyándose en una serie de conocimientos científicos. No es que la verdad sea aquello que es útil, sino, a la inversa, que aquello que es verdadero es lo que nos proporciona la máxima utilidad. Los pragmatistas vieron justo al afirmar que cierta relación existe entre la verdad y lo útil. Pero se equivocaron por lo que respecta a la relación entre ambos. No es la utilidad lo que hace de un conocimiento cualquiera un conocimiento verdadero. Por el contrario, es la verdad, un descubrimiento del hombre griego, lo que ha demostrado su máxima eficacia utilitaria frente a las demás especies o formas de saber, en la larga lucha del hombre por existir. Admitir el sentido utilitario del saber no es rebajar a la verdad de su legítimo trono.

Hemos repasado rápidamente algunos de los puntos básicos de la temática existencialista: esencia y existencia, vida como quehacer, posibilidad, muerte, fracaso, libertad, angustia...La filosofía ha sido en todas las épocas preocupación de sólo unos pocos. Hoy vemos con sorpresa a muchas gentes interesadas por la filosofía existencial. ¿A qué se debe el éxito de esta filosofía?, preguntábamos. Echad una ojeada a los temas capitales de esta filosofía. Hablamos del hombre, de su angustia, de su libertad, de su muerte, de sus proyectos, de sus dificultades, de sus fracasos... ¿No es verdad que son también los temas que tan desbarajustado tienen al mundo que nos ha tocado vivir? Jamás una filosofía ha sido tan fiel a una época como la filosofía existencialista a la suya. Decía Hegel que el búho de Minerva tiende el ala a la hora sombría de crepúsculo. Quería decir que la filosofía refleja no su tiempo, sino la época inmediatamente anterior. El existencialismo, por el contrario, es muy actual. Es la expresión más fiel de la angustiada época de crisis que estamos atravesando. Crisis de la libertad, de la democracia, de la política, del aire, de las instituciones todas, de la cultura de la vida económica; época, además, de guerras, de odios, de cárceles, de persecución, de hambres, de miserias, de escombros... ¿Qué de extraño tiene que cada hombre haya visto en la filosofía existencial una resonancia de su propia vida, de sus propias preocupaciones, inseguridades, angustias? Esta es la razón del éxito curioso, del existencialismo. La filosofía y la literatura existencialistas han tocado las llagas múltiples del alma enferma del hombre contemporáneo. Algo había de existencialismo en la densa atmósfera de los tiempos modernos y los existencialistas pusieron de relieve esas notas, haciéndolas contemplar al hombre de la calle...El existencialismo ha dado expresión, a veces dura y sin miramientos, a las grandes inquietudes del hombre moderno. Los existencialistas piensan que el sentimiento de angustia posee un gran valor metafísico, en cuanto permite abismarse en profundidades a donde nunca llega el hombre que vive complacido su existencia banal.

Pero hombres felices y satisfechos van quedando muy pocos en el mundo. Por su culpa o por culpa de las circunstancias, es igual. Lo cierto es que estas generaciones modernas, que han sido testigo de dos guerras espantosas, necesariamente se sienten angustiadas. La guerra segó muchas vidas y frustró aún muchas más esperanzas. ¿Cómo no pensar en lo absurdo ante aquella existencia cortada bruscamente un minuto antes de la hora del armisticio? Cada bomba lanzada en la noche sobre el área

poblada de una ciudad europea era el fin de innumerables existencias, de muchas ilusiones acariciadas amorosamente quizás a lo largo de muchos años. Hombres y mujeres desesperanzados, sin fe, ya no podían siquiera levantar los ojos al cielo y preguntar, herida el alma: ¿por qué esto, Dios mío?, a la vista del cuerpo destrozado del hijo, del padre, del hermano. Nadie ante sus experiencias a quien demandar, a quien quejarse. Frente a las ruinas extrañas, sin sentido, ellos solos, sin calor, sin refugio, sin saber qué hacerse con su angustia, con su infinito dolor. Sin querer hacer nada y, sin embargo, teniendo que hacer algo, pues estaban allí, aún vivos, y la vida es una perpetua y dolorosa tarea sin sentido, absurda, que la muerte puede segar a cada instante. El hombre moderno vive en medio de una crisis general y tiene plena conciencia de ello. Lo malo de todo es la aguda conciencia histórica del hombre moderno, que le rodea y de la cual no puede evadirse, como librarse tampoco no puede de la atmósfera que respira. La conciencia histórica le dice continuamente que ya no puede tener fe en nada; que ahora ya no es como antes, en que la pérdida de una fe o de una creencia fundamental era bien pronto sustituida por otras. Nuestro historicismo nos dice que todo lo que creamos está de antemano condenado a perecer un día. Que nada hay estable, nada permanente. El hacer del hombre se ha hecho más difícil desde el momento en que la sociedad contemporánea recela y duda de todo. La ciencia es la última cosa en que depositó su fe el hombre. Pero también ha fallado esta especie de carta de crédito otorgada por el hombre a la ciencia. Al derrumbarse el último refugio, el hombre se ha quedado solo, desorientado, angustiado, teniendo que arrastrar una miserable existencia absurda, sin sentido; sin saber qué hacer y, sin embargo, teniendo que hacer algo; teniendo que querer sin ganas, para que su acción no aparezca todavía más absurda ante su conciencia; eligiéndose y haciéndose responsable de sus actos. Son estos los temas, tan caros a los existencialistas, que mejor retratan la enfermedad mortal de nuestra época. El existencialismo no es una novedad, producto de la extravagancia de algunos pensadores, como piensan muchas gentes ajenas a la filosofía. Es la filosofía que corresponde al estado espiritual de nuestra sociedad. Si la sociedad es así, es porque su pasado ha condicionado esté presente. Y también el existencialismo es lo que es, porque la historia entera de la filosofía ha venido a parar a este callejón... ¿Sin salida? Bueno, eso es lo que ha de contestar el futuro. Que el historiador, como decía Hegel, sólo tiene que habérselas con el pasado, y no gusta de dárselas de profeta.